

Ètica de Felicidad y de Bien-Estar

Diego Irarrazaval *

Entro en la discusión desde una óptica: conjugar lo personal e inter-personal con la macro-realidad. No es útil enfocar sólo los sentimientos; ni elevarse hacia discursos panorámicos. Prefiero combinar lo más cercano con las realidades envolventes. De este modo se evita el ser unilateral; y el hacer una simple juxtaposición de lo íntimo con lo estructural. Se evitan los extremos: sumergirse en un yo-feliz, o bien, dar pinceladas sobre situaciones mundiales. Más bien, conviene conjugar realidades subjetivas y objetivas (si se las quiere llamar así), porque de hecho ellas se entrecruzan.

1) Tipos de Felicidad

En un plano filosófico, se dice que la meta de la vida es la felicidad (Tomás de Aquino). Esta afirmación recoge un anhelo y un derecho fundamental. Sin embargo son muy variadas (¡y contrapuestas!) las formas como la humanidad ha visualizado y construido dicho anhelo. Además hoy se desenvuelven inmensos cambios en los ejes de la vida personal, como es la familia y las relaciones íntimas. A juicio de Anthony Giddens, la revolución mayor esta ocurriendo en “la sexualidad, las relaciones, el matrimonio, y la familia” (1). Son instancias que sintetizan el placer de vivir. Todo esto va cambiando.

Cada uno/a puede hacer memoria de maneras de ser feliz en la trayectoria personal y en el contexto en que cada persona esta ubicada. En mi contexto, he recordado la dicha atribuida a la carrera profesional; en otra fase ha sobresalido la amistad profunda; en otros momentos han sido logros políticos; también he gozado intensamente lo espiritual. Entonces, no tengo una sola pauta o sentido de felicidad. Invito a cada lector/lectora a repasar cuántas pautas de ser feliz han estado presente en su vida. Tal vez hay un paradigma que se ha desenvuelto con profunda continuidad en sus diversas facetas. ¿Qué ocurre en cada persona y grupo humano?

Es bueno hacerse preguntas de fondo. Conviene fijarse en las líneas gruesas que nos rodean, y que tal vez estan dentro de cada uno/a. A continuación voy a delinear tipos de felicidad; y la tensión que hay al interior de cada “tipo”. Es evidente que existen más de los cuatro tipos que voy a reseñar. Una vía muy importante -que no reseño en este ensayo- es el gozo de caracter místico. Podrían enumerarse muchos estilos de felicidad. Me limitaré a unas cuatro grandes líneas, con peso en nuestras sensibilidades latinoamericanas. Cada una tiene sus tensiones; y cada una ofrece interrogantes a la ética cristiana.

A. Placer y acción narcisista.

El organismo humano, en sí mismo e interactuando con su entorno, esta dirigido hacia el placer. Éste genera, cuida, hace compartir la vida, en todas sus formas. Es un dinamismo físico, psicológico, social, espiritual. Cierta moralismo culpabiliza el placer; lo ve como exceso pecaminoso. La sana moral cristiana no descalifica ni el deseo, ni el placer, ni la felicidad. Más bien, amar de modo cristiano es gozar en plenitud.

La problemática es más bien el hedonismo, como actitud que todo lo reduce a satisfacciones superficiales, como ideología de la sociedad de consumo, y como filosofía contrapuesta a la liberación del mal. En términos cotidianos, una problemática es el

comportamiento narcisista. Narcisismo no equivale a egoísmo ni a algo patológico; más bien son formas psicológicas y sociales que van en varias direcciones. Puede orientarse a la sana auto-estima por parte de personas y grupos aplastados; puede exacerbar lo individual; puede reproducir la existencia consumista e insolidaria. Esto tiene mayor peso.

Surgen preguntas dirigidas a la ética cristiana. Nos envuelven parámetros socio-culturales con mucho hedonismo y narcisismo auto-destructor. En estas circunstancias se intensifican los deseos alternativos. ¿Qué espacios y momentos de placer son liberadores? ¿Cómo la comunidad cristiana va redescubriendo el placer -en las relaciones íntimas, en el arte, en la liturgia, en la generosa acción social- como parte del mandamiento del amor?

B. Familia y masificación.

La asociación humana se mueve entre un polo primordial y otro polo masificado. Por un lado tenemos lazos y controversias entre parientes. Es lo primordial; se le dedica más energía y afectividad. En algunos casos se trata del tradicional núcleo familiar; pero en general es una gama de estructuras familiares/vecinales. Por otro lado los individuos modernos se inscriben en mucha asociación pragmática y masificada; con metas precisas en lo deportivo, en lo profesional, en obtener necesidades básicas, en la diversión, etc. Uno constata que la realización humana tiende a estar menos en lo familiar, y que muchos prefieren las entidades de masas. Aquí lamentablemente abunda la soledad y la fragmentación.

En la familia es donde algunos/as hemos asimilado qué es bueno y qué es malo; pero hoy son las instituciones económicas y culturales las que implantan sus criterios del bien y del mal. Éstas no se proponen enseñar la moral; pero de hecho son las que inculcan lo deseado como bueno y lo rechazado como negativo. Por ejemplo, en Inglaterra los supermercados hace 20 años tenían unos 5 mil productos, y hoy ofrecen 40 mil tipos de bienes (Daily Mail, 28/4/2000, pg. 12). Por medio del mercado y de los medios de comunicación el imaginario del ciudadano está colmado de imágenes de bienes fascinantes. Cabe pues un discernimiento ético de estas ofertas de bienestar.

La tradición cristiana favorece todo lo familiar; es un terreno que merece ser cultivado y afianzado por sus valores afectivos, morales, socializadores. Pero gran parte de la gente no cuenta con este espacio de felicidad estable. Por eso uno se pregunta cómo desarrollar criterios para reconocer el bien y el mal que nos presenta la economía y la cultura de hoy. Un aspecto importante es el pseudo-ideal masculino de triunfar por la fuerza. Este mensaje nos llega y condiciona a cada momento. Esos y otros engaños ¿son confrontados por el sistema educacional cristiano?

C. Subjetividad y exitismo.

En contraste con los sistemas tradicionales, para la sensibilidad moderna el ser feliz radica en el sujeto. La dicha no cae del cielo, ni proviene de cumplir un rol o destino social. El sujeto moderno forja su destino y determina su bien o su mal estar. La persona y su conciencia es endiosada. Esto es problemático. También lo es que unos bienes modernos sean monopolizados por unos ciudadanos a costa de los marginados. Nuestras sociedades son estructuralmente desiguales y discriminatorias.

Por otro lado, es sumamente positiva la libertad del sujeto, la capacidad de la razón, la innovación tecnológica. También se valora la intimidad y la relacionalidad. Estos rasgos

subjetivos constituyen un enriquecimiento humano. Es evidente que subjetividad no es sinónimo de individualismo. Lo primero es un logro de nuestra civilización; y lo segundo es una ideología auto-centrada.

Al respecto considero que tanta crítica hacia el egoísmo no toca el problema moderno más hondo: su ideal exitista. En este orden social lo que interesa es el éxito y botar del camino al prójimo que no deja avanzar. Me parece que la problemática masculina no es exactamente ser egoísta; sino algo mucho más dañino: intentar siempre ganar cueste lo que cueste y a costa de quien sea. Todo va dirigido hacia el éxito según pautas masculinas como la fuerza física, acumulación de poder y jerarquía, dominio sobre otras personas (tanto varones como mujeres). Es pues un tipo de éxito destructor de otros y de uno mismo; por consiguiente es un éxito in-solidario e in-feliz.

Estas actitudes conllevan una interpelación a la ética cristiana. Nuestra predilección por lo comunitario no implica dejar a un lado los valores subjetivos de la modernidad. Ahora bien, ¿qué acciones del sujeto están en mayor sintonía con el Evangelio? ¿La afirmación y auto-estima del sujeto en abstracto, o de los sujetos discriminados? Además, el Evangelio nos dirige hacia el entorno, nos exige la conversión del sujeto hacia otro/a. Mejor dicho ¿cómo lo subjetivo pasa a ser inter-subjetivo y relacional, de acuerdo con el espíritu cristiano? La reflexión y acción ética también tiene que encarar el exitismo, y en especial, la nefasta manera de medir la masculinidad por los éxitos de poder social, por la conquista afectiva, y por la represión sobre la sensibilidad.

D. Fiesta y diversión.

La fiesta es algo cualitativamente latinoamericano, a juicio de nosotros mismos y de observadores que llegan del exterior. Muchísima gente dirige sus esfuerzos laborales, su imaginación, sus ahorros, sus desvelos, hacia la preparación y realización de celebraciones. Estos procesos festivos son a veces auto-generados y fructíferos para todas las personas involucradas. Otras veces la fiesta prioriza la imitación de sectores pudientes y de mayor prestigio; y la opresión social y cultural desfigura la celebración. Pero el denominador común es la felicidad compartida y colectiva.

El control moderno sobre mentes y corazones tiene como piedra angular la prolífica industria de la diversión. Al orden social hegemónico le interesa, no tanto transmitir sus enseñanzas, sino sobretodo hacernos jugar ¡y que nos divierta la dominación! Esto lo muestra claramente tanta juguetería bélica y destructiva. La industria de la diversión promueve un consumismo de fugaces instantes felices. Los intereses económicos determinan que la diversión tenga siempre nuevos elementos que sean adquiridos, consumidos, descartados. Todo esto fascina en especial a generaciones jóvenes, y también a cierta sensibilidad masculina. En lo femenino hay la tendencia al gozo prolongado y hondo. En el orden masculino se ha impuesto la entretención pasajera y superficial.

Lamentablemente en ambientes cristianos se ha denigrado la fiesta como si fuera inmoralidad sexual, excesos, vicios. Cabe pues reivindicar la ética de la sana celebración. ¿Qué valores se manifiestan en el compartir festivo? ¿Cómo fortalecer las celebraciones auto-generadas, y cómo impugnar la industria de entretenciones alienantes? A fin de cuenta, se trata de reintroducir y fortalecer la alegría como criterio moral.

Concluyo. En los cuatro tipos de búsqueda de felicidad, con las tensiones ya anotadas ¿qué grados y formas de bienestar son construídos? ¿Se trata de algo integral y

permanente? Dichas líneas de búsqueda ¿se entrecruzan? Con respecto a esto último, el escenario contemporáneo nos impulsa a elegir y combinar varias opciones. Unas grandes excepciones son quienes se aferran de manera fundamentalista a un oasis de felicidad (el fanatismo religioso, o político, o estético, etc.). Lo más común es el movimiento libre entre diversos factores buenos que nos son ofrecidos. En cuanto a las cuatro grandes líneas de acción, cada una de ellas muestra contradicciones, y ofrece menor o mayor grado de satisfacciones. La existencia de ellas indica que la condición humana es una insaciable búsqueda de bienestar.

2) Ética del Bien-Estar

El esquema dualista de la norma objetiva y la conciencia subjetiva ha marcado muchos debates sobre la moral. En ambientes cristianos circulan clasificaciones simplistas: o bien se acatan normas fijas, o bien se actúa según la conciencia flexible. Por un lado se dice: la moral consiste en practicar los mandamientos dados por Dios y la Iglesia. Por otro lado se argumenta: la moral es hacer lo que uno/a considera bueno y correcto. En estos debates se suele devaluar la realidad del mal y el pecado, como si fuera un asunto sólo objetivo, o sólo subjetivo. El mal y el pecado afectan toda la realidad, la subjetividad, las relaciones humanas, y, la cercanía o el distanciamiento de Dios.

Otra simplificación -a mi parecer- es ver la ética como hacer algo bueno o hacer algo malo. Una vez más aparece un esquema dualista que no corresponde a la realidad.

Comparto el planteamiento que la humanidad es capaz de discernir el bien y el mal. Las normas morales son las que orientan las decisiones tomadas por la conciencia personal. El buen o el mal comportamiento conlleva hechos (es decir elementos objetivos) y también conlleva actitudes, la conciencia, el contexto en que actuamos, las creencias. Es decir en la ética se juega toda la condición humana, en sus múltiples dimensiones.

En cuanto a contenidos específicamente cristianos, la justicia es obra de Dios, de quién proviene una creación buena, y de quien también proviene la salvación del pecado. Por eso no cabe una postura pesimista y condenatoria contra el ser humano (me refiero a quienes ven pecados en todas partes). Jesucristo ha establecido el mandamiento de amar a Dios y al prójimo como a uno mismo. La respuesta al Dios Amor, por parte de personas y comunidades creyentes, es practicar el amor según normas que permiten convivir con justicia. Luego veremos más detalles, sacando a luz aspectos de género.

Antes de seguir adelante deseo aclarar el “buen-vivir”, el “estar bien”. Es un dinamismo relacional y liberador (y no un acomodamiento estático). Se trata de la ética de bien-estar con otros y otras, sin exclusiones. Se opone de modo tajante al egoísmo aburguesado; éste inventa un estar bien a costa de la infelicidad de los empobrecidos. Por eso al hablar de “bien-estar” me refiero a hacer el bien, celebrar la vida, interactuar con equidad y justicia. Lo bueno no es pues algo narcisista, auto-centrado, materialmente exitoso. Más bien es la praxis de bondad y ternura, de alegría y celebración, de relaciones fructíferas.

A. Cumplir deberes; cuidar la vida.

Algunos argumentan que la ética ha cambiado: del acatar leyes objetivas se ha pasado al actuar según la conciencia individual. Esto último es funcional a la actual cultura hegemónica, la “cultura del yo”. Ella no es inocente (vale decir no se trata sólo del yo);

ella legitima el status quo socio-económico. Ella es una postura conservadora, que se disfraza como defensora de la libertad individual.

A mi modo de ver, la ética cambia sustancialmente cuando se pasa del deber al cuidar. Es decir: cuestionar el acatar leyes; y asumir la responsabilidad por la vida. En otras palabras, del deber (medido por la ley), pasamos al cuidado recíproco entre todos los seres vivos. En el mundo de hoy sobretodo cuidamos la vida amenazada, de las multitud marginada, y de la naturaleza expoliada. No es una acción benefactora, de arriba hacia abajo; sino más bien un cuidar el derecho a luchar por la vida. Toda esta praxis proviene de modo especial de la mujer, con su afianzada experiencia y sabiduría a favor de la vida concreta. También proviene del varón, en la medida que desenvolvemos la sensibilidad femenina, que forma parte de nuestro ser varón.

En cuanto al deber, la versión pre-moderna ha sido obedecer (sin corresponsabilidad) a quienes ejercen autoridad y elaboran las leyes. En la versión ciudadana y racional moderna, el “deber” va acompañado de los derechos humanos y una calidad racional de las normas. Estos asuntos me impactaron en el entierro de un familiar, en que se habló tanto de lo primero como de lo segundo; se usaba aparentemente el mismo concepto: el difunto “ha cumplido bien con sus deberes”, pero con significados muy diferentes. Sin duda lo segundo es algo más humanizador que lo primero.

Sin embargo, la óptica del deber nos aprisiona. Esto no se soluciona mediante un benevolente deber comunitario. Tal obligación colectiva y el individualista cumplimiento del deber parecen distintos pero de hecho sostienen el mismo esquema de norma-deber.

La alternativa es cuidar. No con caridades puntuales; ni que el pudiente tome a su cargo al desvalido. Me refiero a juntos/as cuidar la vida que es don de Dios para todos/as; esto incluye el medio ambiente y cada ser viviente. Es pues una ética humana-cósmica-espiritual. Tiene un claro significado cristiano. La responsabilidad en y por la vida no es un invento antropocéntrico. Muy por el contrario, la única fuente de Vida es Dios que universalmente la ofrece y da a todo ser viviente. Todos tenemos la experiencia de recibir regalos de quien nos ama; eso que nos regalan lo cuidamos porque proviene del amor. Esta espiritualidad amorosa es lo que fundamenta la ética de cuidar la vida.

B. Interacción femenina-masculina.

Entre varón y mujer podemos cuidar el crecimiento de las capacidades de cada uno/una y hacerlo de manera recíproca. Con hijos e hijas hay también un largo proceso de acompañar el crecimiento. Éstas son las principales formas de cuidar la existencia física, psíquica, social, espiritual. Como es obvio, no es algo puntual, ni es una propiedad que uno posee o que uno carece. Más bien es un complicado e interminable proceso de cuidado recíproco, con sus tensiones, impasses, avances.

Al respecto anoto cuatro dimensiones; y, sus respectivas exigencias éticas.

En primer lugar tenemos la ruptura con el andro-centrismo, a fin de establecer relaciones fecundas. Cuando el varón es el centro de todo, se desenvuelven relaciones perversas. El varón consigo mismo: un autoendiosamiento. Entre varón y mujer: una subordinación y sumisión de ella hacia él (que perjudica a ambos); y el dominio de él contra ella (que también hace daño a ambos). A esto se contraponen una ética interaccional. Mutuamente nos queremos y cuidamos varones y mujeres. ¿Cómo es la interacción? Lo

femenino y lo masculino desarrollan sus diferencias y a la vez conjugan sus energías de vida. No es pues complementariedad -en que lo que falta a uno/una es llenado por el otro o por la otra-. El proceso de interacción no es para mágicamente resolver vacíos y carencias, sino para afianzar diferencias que hacen crecer a cada persona en relación con otras personas.

Otra cosa es lo que ocurre al interior de cada género humano. Para poder interactuar equitativamente con lo femenino tiene que resolverse la opresión al interior del ser masculino. Hay que superar la supremacía de unos pocos hombres sobre la mayoría de los varones. Es decir, confrontar y resolver la masculinidad hegemónica; lo que conlleva superar la pasividad subordinada de tantos varones hacia quienes se exaltan como super-hombres. A la vez, cabe confrontar la inequidad al interior de la condición femenina; porque unas dominan a otras. En forma similar al super-hombre, existe la super-mujer; con las consiguientes humillaciones y devaluaciones. Por lo tanto, la justicia intra-género va de la mano con la construcción de justicia inter-género.

Una tercera dimensión: tener como eje no la competencia sino la reciprocidad. Se dice que la sociedad moderna esta caracterizada por la competitividad económica. A veces también se anota la competencia entre varón y mujer, y como el primero tiene más recursos y poderes para vencer. Lamentablemente poco se toma en cuenta la competencia entre varones, y la competencia entre mujeres. A menudo son hechos camuflados, y sutiles. Pero también son brutales y crueles. Entre varones competimos para ver quien es agresivo en lo laboral y político, conquistador de mujeres, y superior en términos culturales e intelectuales. Entre mujeres hay gran rivalidad: conseguir puestos de prestigio, ganar el afecto de varones y de mujeres entre sí, controlar la vida cotidiana de los demás. Valga aclarar que competir en sí no es negativo; pero sí lo son maneras de competir que eliminan derechos de otros y que deshumanizan al adversario.

Termino anotando la interacción de dar y recibir; de tomar la iniciativa y de acoger. ¿Es lo primero masculino, y lo segundo femenino? Así lo indica el sentir común. Sin embargo, la experiencia nos indica otra cosa. Tanto la identidad masculina como la femenina son dadoras de vida, y tienen la capacidad de recibir. Muchas veces la mujer es quien toma la iniciativa ante peligros; y a menudo el varón es pasivo y prudente. No hay reglas universales. Pero sí hay responsabilidades compartidas. A los varones nos hace bien cultivar el don de acoger; y descubrimos que al hacerlo junto a la mujer la acogida es más honda y da más frutos. Un caso claro es la hospitalidad hacia otras personas; en que tanto varones como mujeres tenemos capacidades específicas de hacer que el otro/la otra sea incluida en nuestros espacios.

C. Normas para la libertad.

Cada perspectiva ética tiene un carácter normativo, y conlleva lineamientos de acción. En diversas partes del mundo uno constata diferentes criterios y normas de acción humana. Hay también distintas maneras de codificar e implementar leyes. En comparación con sociedades anglo-sajonas, el escenario latinoamericano parece caótico; sin embargo, nuestras sociedades tienen sus reglamentos informales y formales. También abundan las contradicciones. Por ejemplo, se da importancia a la generosa ayuda al necesitado, y a la vez es casi una ley pasar dinero a la corrupción. En general, aunque somos diferentes, compartimos la condición humana. En un sentido creyente, compartimos una situación de pecado, y una común vocación a la vida divina.

Nos preguntamos: ¿cuál es la norma fundamental? Una respuesta clásica es hacer el bien. Otra manera de responder es con el binomio de la justicia y la bondad. Prefiero este binomio. La ética situada en nuestra realidad tiene que encarar la injusticia que deshumaniza a las mayorías y la globalización que nos margina. Por eso, nuestra plataforma es cada esfuerzo a favor de la justicia en el mundo. Ahí no termina la cosa. La meta de una convivencia justa es recibir y dar bondad. Éste termino puede ser malentendido. Valen pues unas aclaraciones. Como lo dice Enrique Dussel: “bondad como comunidad, como institución...no es sólo la buena voluntad de una persona, ni siquiera el acto aislado” (2). Se trata por consiguiente de una praxis de bondad con frutos concretos y permanentes en la comunidad humana y en sus instituciones.

El gran anhelo humano de vivir bien se plasma en varias líneas éticas. Voy a comentar dos tendencias principales.

Por una parte tenemos la norma de la auto-perfección. Es un criterio que aparece constantemente en las interacciones humanas y en los modos de explicar los valores de hoy. Se dice: esa persona ha llegado a su meta; yo he logrado lo deseado; tal o cual persona es feliz. Se funciona pues con el criterio de la auto-realización individual. En un terreno religioso, durante siglos el principio regulador ha sido: “salva tu alma” (3). Sin duda ha sido un criterio individual y auto-centrado. En el contexto actual se escucha el “Dios te bendice y salva”, “con fe puedes hacer todo”, “la felicidad esta dentro de ti”. Son nuevas versiones de la auto-perfección, del bienestar encerrado en uno mismo.

Por otra parte tenemos la norma de la libertad. Es la libertad compartida. Es la ley de la libertad del prójimo que hace posible que yo y nosotros/as seamos felices. Una vez más el punto de partida es el dolor humano y la injusticia generalizada. Ante esto surgen los gritos de libertad. En su forma más profunda es una acción recíproca: que el otro/la otra sea libre de tanta maldad, y eso abre la posibilidad que uno mismo y la comunidad humana seamos libres. Ya se ha dicho en los párrafos anteriores: cuidarnos mutuamente, construir juntos/as una vida buena. Esto es hecho con realismo, encarando la maldad, que nos destruye como humanos, que expolia nuestro medio ambiente, y que nos distancia de Dios debido a nuestros pecados contra la vida.

La tradición judío-cristiana ha ido formulando normas para la libertad. Suena paradójico. Algunos piensan que la norma es para que sea acatada, obedecida, puesta en práctica en su espíritu y en su letra. Esta no es la actitud de la comunidad creyente. Los mandamientos fueron dados por el Dios que nos salvó de la esclavitud (Dt 5, Ex 20). Jesús resume la Ley en amar a Dios y al prójimo (Mc 12, Lc 10). Entonces, la norma y la libertad del amor se interrelacionan. Como explica K.W. Merks, los mandamientos no nos caen de afuera, sino que son algo “a lo que nos llama nuestra propia libertad cuando la usamos responsablemente” (4). Entonces, entre la norma y la conciencia hay una línea de continuidad. No es que la conciencia tenga que acatar la norma. Las dos se conjugan.

La primera tendencia esta marcada por los poderes establecidos; entre éstos resalta la arrogancia androcéntrica que se exalta a sí misma. La tendencia a la auto-perfección es una manera de monopolizar poder sobre y en contra de las demás personas. La segunda tendencia va dirigida hacia el prójimo y hacia Dios. Es extrovertida. Corresponde a la sensibilidad y practica femenina que genera vida a beneficio de la otra persona.

NOTAS:

*En diversas asociaciones humanas y espacios cristianos he estado presentando contrastes de carácter ético; que también son delineados en unas secciones de *Gozar la Ética* (San Pablo: Buenos Aires, 2005).

1. Anthony Giddens, *Runaway World*, how globalisation is reshaping our lives, London: Profile, 1999, 51.
2. Enrique Dussel, *Ética Comunitaria*, Buenos Aires: Paulinas, 1986, 53.
3. Antonio Moser, Bernardino Leers, *Teología moral, conflictos y alternativas*, Madrid: Paulinas, 1987, 38.
4. Karl-Wilhelm Merks, *Hacia una ética de la fe, moral y autonomía*, Santiago: Centro Diego de Medellín, Colección Tópicos 90, N° 9, 1999, pg. 67.